

Sáb
2
Nov
2013

Evangelio del día

[Trigésima semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **Conmemoración de todos los fieles difuntos (2 de Noviembre)**

"Él transformará nuestro cuerpo humilde "

Primera lectura

Primera Lectura: Job 19,1.23-27a

Respondió Job a sus amigos: "¡Ojalá se escribieran mis palabras, ojalá se grabaran en cobre, con cincel de hierro y en plomo se escribieran para siempre en la roca! Yo sé que está vivo mi Redentor, y que al final se alzará sobre el polvo: después que me arranquen la piel, ya sin carne, veré a Dios; yo mismo lo veré, y no otro, mis propios ojos lo verán."

Salmo de hoy

Salmo Responsorial: "A ti, Señor, levanto mi alma."

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor. R.

Ensancha mi corazón oprimido
y sácame de mis tribulaciones.
Mira mis trabajos y mis penas
y perdona todos mis pecados. R.

Guarda mi vida y líbrame,
no quede yo defraudado de haber acudido a ti.
La inocencia y la rectitud me protegerán,
porque espero en ti. R.

Segunda lectura

Segunda Lectura Filipenses 3,20-21

Hermanos: Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo humilde, según el modelo de su cuerpo glorioso, con esa energía que posee para sometérselo todo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 15,33-39;16,1-6

Al llegar el mediodía, toda la región quedó en tinieblas hasta media tarde. Y, a la media tarde, Jesús clamó con voz potente: "Eloí, Eloí, Iamá sabaktaní". (Que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?") Algunos de los presentes, al oírlo, decían: "Mira, está llamando a Elías." Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber, diciendo: "Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo." Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró. El velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. El centurión, que estaba enfrente, al ver cómo había expirado, dijo: "Realmente este hombre era Hijo de Dios."

Pasado el sábado, María Magdalena, María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: "¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?" Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida, y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: "No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado. Mirad el sitio donde lo pusieron."

Reflexión del Evangelio de hoy

La atención por los difuntos proviene desde que el ser humano comienza a tener conciencia del hecho de la muerte. Al principio era entendida como un gran sueño y de aquí que los cristianos denomináramos dormitorios (*κοιμητήριον*: cementerios) a los campos santos de enterramientos, rechazando el nombre de ciudad de los muertos (*νεκρόπολις*: necrópolis). A la par de aquella pregunta surgió la necesidad por la memoria por los difuntos/dormidos. Al paso de esta pregunta, junto a otras como ¿de dónde vengo? ¿adónde voy? ¿quién soy?, salió la religión -ya las primitivas celestes y telúricas- dando respuesta a todas las preguntas sobre el sentido de la vida. A tenor de esto, hoy es oportuno revisar la idea que tenemos sobre la conmemoración de los fieles difuntos a través de

dos aspectos: el significado de la muerte y la guardia de la fe.

Sé que está vivo mi Redentor

Popularmente la vida es “una de las caras de la moneda”, siendo la muerte “la otra”. Desde la experiencia cristiana, comparando nuestra existencia con esa moneda, diríamos que si la vida es una de sus caras, la resurrección es la otra; no la muerte. ¿Qué es entonces la muerte? El paso de la una a la otra. La muerte no es el final, sino el medio para alcanzar la promesa. Es decir, si la vida nos lleva a la muerte y a través de ésta llegamos a la resurrección, la vida es el itinerario hacia la resurrección (vida nueva), siendo el último peldaño la muerte.

Así nos lo explican las lecturas de hoy. Job remarca los tres momentos claramente: estar vivo y saberse que se estará muerto (cuando me arranquen la piel, ya sin carne), pero también sabe que él -y no otra persona- verá a su Redentor. Si la muerte no fuera un tránsito sino el final, no podría tener la certeza de dos cosas: que su Redentor está vivo y que él necesita vivir de otra manera para poderlo ver. Esta misma idea se resalta en la carta a los Filipenses y en el evangelio de Marcos. En la primera, se nos anuncia que nuestro cuerpo tiene que ser transformado, según el modelo de su (de Cristo) cuerpo glorioso, para poder estar en la ciudad que nos corresponde (el Cielo). Por su parte, el texto evangélico es muy gráfico cuando narra la visita de las mujeres a la tumba y se la encuentran vacía: “No os asustéis ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado.” El que estaba vivo fue muerto; pero no quedó ahí, sino que la persona ha resucitado y está en la vida nueva. Por tanto, no tenemos que temer por la muerte, sino prepararnos para ella afanándonos por la vida presente y preguntar ya la futura viviendo sin vivir en nosotros, porque tan alta vida esperamos, que morimos porque no morimos o sabiendo que ya no somos nosotros quienes vivimos en nosotros, sino que es Cristo quien habita en nosotros.

Aguardamos un Salvador: el Señor Jesucristo, el Hijo de Dios

El otro aspecto es la guardia de la fe. En el calendario hoy es el día de los difuntos. Sin embargo, la denominación que recibe tal conmemoración no es accidental, sino esencial: los fieles difuntos. Ellos nos precedieron en el paso a la resurrección y lo hicieron hacia ésta con la seguridad que les daba su fe. Fiel se llama a quien guarda la fe. En Job se hacen dos afirmaciones que sólo a la luz de la fe pueden entenderse: “Yo sé que está vivo mi Redentor (...); yo mismo lo veré”; igualmente en Filipenses: “Él transformará nuestro cuerpo humilde”. Pero, ¿fe en quién? Aunque la respuesta a esta pregunta parece que cae de su propio peso, no lo será así cuando las lecturas presentes nos lo recuerdan por tres veces: Job tiene fe en su Redentor -término del derecho israelita que podía aplicarse al propio Señor, como rescatador de su pueblo de la esclavitud mediante precio-; Filipenses, en su Salvador -quien da la gloria y la bienaventuranza eterna-; y, Marcos habla del Hijo de Dios -título mesiánico pronunciado por primera vez en este evangelio por un ser humano tras ver cómo muere en la cruz-. La fe en Jesús, el Cristo, es la llave que abre la puerta para andar el camino. La vida del cristiano es tener fe en quien nos enseñó y nos rescató del pecado de nuestros primeros padres; en quien diariamente nos salva de los nuevos pecados que nos vamos encontrando en los avatares del día a día; en quien sabemos que es la segunda Persona de la Trinidad, porque sólo Él nos muestra cuál es el sentido verdadero de la muerte: la resurrección y la vida.

No os asustéis. Ha resucitado

Nuevamente, la vida en el Señor nos muestra que su ternura y su misericordia son eternas mandándonos sosiego a nuestro corazón -aturdido por los trabajos, penas y pecados-; enseñándonos a vivir con las virtudes teologales como brújulas; y, guardándonos y librándonos de todo mal para la vida nueva: la resurrección.



D. Juan Jesús Pérez Marcos O.P.
Fraternidad Laical Dulce Nombre de Jesús de Jaén

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Síntesis teológica de la celebración

El sentido pascual de la muerte de los fieles es muy evidente y su luz se debe reflejar en los formularios y en la piedad de los fieles ante la celebración de la conmemoración de los difuntos.

La fe de los cristianos en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y en su acción creadora, salvadora y santificadora, culmina en la proclamación de la resurrección de los muertos al final de los tiempos para la vida eterna. Por ello los justos, después de su muerte vivirán para siempre con Cristo resucitado, cuando él los resucitará en el último día.

Efectivamente, como afirma San Pablo, si el Espíritu de aquel que ha resucitado a Cristo de los muertos habita en nosotros, así aquel que ha resucitado a Cristo de entre los muertos, dará la vida también a nuestros cuerpos mortales por medio del Espíritu que habita en nosotros. Cristo es el principio y causa de nuestra futura resurrección (cf. Rm 8, 11; ICo 15, 20-22; 2Co 5, 15).

Dios, que de hecho puede crear de la nada, puede también dar la resurrección, la vida del cuerpo, pues es él mismo el que da la vida a los muertos y llama a la existencia lo que todavía no existe (Rm 4, 17; Flp 3, 8-11).

La Iglesia, ya desde sus mismos orígenes, vive con la convicción de su comunión con los difuntos y por ello ha mantenido con gran piedad la memoria de los difuntos, ofreciendo por ellos sus sufragios. Esto se afirma ya en el Antiguo Testamento: Es una idea piadosa y sana rezar por los difuntos para que sean liberados del pecado» (2M 12, 45).

Nuestra oración por ellos se actúa especialmente por el ofrecimiento del sacrificio de la Eucaristía (CM', n. 1371). También son sufragios las limosnas, las obras de penitencia y las indulgencias, que tienen su eficacia a partir del ministerio de la Iglesia, cuando aplica en casos concretos los méritos o satisfacción de Cristo y de los santos (CIC, nn. 1471, 1476).

De esta forma la Iglesia puede no sólo ayudar a los difuntos, desgravándoles de la pena temporal debida por los pecados para que puedan llegar a la visión beatífica de Dios, sino también hacerlos eficaces intercesores por los que aún viven (CIC, nn. 958, 1032, 1414, 2300).

De hecho, la comunión de los que aún «peregrinan» en la tierra («parroquianos») con los fieles que han muerto en la paz de Cristo, no sólo no se rompe, sino que, conforme a la fe perenne de la Iglesia, se consolida en la comunicación de bienes espirituales.

La fe ante la muerte no incluye solamente el hecho de que se puede ayudar a los difuntos que están todavía purificándose antes de poder entrar en la visión beatífica, sino que debe recordar fuertemente la venida final de Cristo glorioso y nuestra resurrección corporal.

En ese «momento» se llevará a cabo la restauración de todas las cosas, como afirman San Pedro y San Pablo (ICh 3, 19-21; Rm 11, 15) y la resurrección de los cuerpos, y se hará el juicio a los vivos y a los muertos, revelando el secreto de las conciencias y dando, conforme a las obras hechas, la gloria o la condena. Será entonces cuando se forma definitivamente el Cristo total (Ef 4, 13).

El centro de nuestra fe es la resurrección de Cristo y, por lo tanto, nuestra resurrección personal (1Co 15, 12-14.20). La historia de esta afirmación central de la fe cristiana ha tenido una revelación progresiva. Consta claramente en la afirmación del segundo libro de los Macabeos (7, 9-14), que se fundamenta en el hecho de ser Dios creador del hombre todo entero, cuerpo y alma y, asimismo, por su alianza con Abrahán y su descendencia, como Dios de vivos y no de muertos (Mc 12, 24.27). Cristo en su buena noticia insiste numerosas veces en que él es la resurrección y la vida (Jn 11, 25).

Es Jesús el que resucitará en el último día a los que han creído en él y habrán participado de su Cuerpo y de su Sangre. Aunque, después de la muerte, el cuerpo se deshaga en el polvo, el alma va al encuentro con Dios.

Dios en su omnipotencia, por la misma fuerza que actuó en la resurrección de Cristo, restituirá nuestro cuerpo definitivamente a una vida incorruptible, uniendo a él de nuevo el alma que lo «espera». Todos los hombres resucitarán, los que hicieron el bien para una resurrección de vida y los que hicieron el mal para una resurrección de condena (Jn 5, 29).

El cuerpo en la resurrección será tal como es el de Cristo resucitado, un cuerpo «glorioso» como el que contemplaron físicamente los apóstoles de Cristo resucitado (Lc 24, 39; ICo 15, 35-37.42.53).

Para resucitar con Cristo es necesario morir con Cristo, es necesario salir del cuerpo, como en exilio, y habitar junto al Señor (2Co 5, 8; Flp 1, 23). Después llegará el día de la resurrección de los muertos.

Es necesario caer en la cuenta de que en el más allá no existe el tiempo tal como se «contabiliza», o se experimenta en la tierra, en nuestro mundo de ahora. Por tanto, por muchos miles de millones de años «nuestros» que esperemos la resurrección corporal, eso no cuenta mínimamente en la felicidad mayor o menor de los bienaventurados en el cielo, ni de los que se purifican en el purgatorio (Santo Tomás, Comm. IV Sent. D. 5, q. 3, a.2. r. 4).

Todo este sentido positivo debe iluminar la conmemoración de los fieles difuntos, y nuestra fe, esperanza y caridad sobre el destino definitivo personal y el de todos los difuntos.

El momento mismo de la muerte de los fieles debe estar lleno de la fe viva de la Iglesia. La Iglesia entrega en las manos de Dios al que va a morir. Los cuerpos de los muertos se tratan con respeto y caridad, por la fe en la seguridad de la resurrección, ya que es el cuerpo de los que son hijos de Dios y templos del Espíritu Santo (CIC; n. 2300).

Igualmente la Iglesia como comunidad saluda y «despide», dice: «Salud» a un miembro suyo antes de su sepultura y lo coloca en el sepulcro o lo entierra (Rin-humareu) en espera de la resurrección. El nombre castellano de «cementerio» («coemeterium», en latín), proviene del verbo griego «koimao», «dormir» y significa materialmente «dormitorio», o lugar donde se duerme en espera de la resurrección.

Los fieles nunca más se separarán en el futuro, porque vivirán en Cristo y como ahora están unidos a Cristo y caminan a su encuentro, así estarán definitivamente todos unidos en Cristo. La muerte es nuestro encuentro con el Dios vivo. Los que han muerto en Cristo viven para siempre (CJC, nn. 1609, 2299-2300).

Antolín González Fuente, O.P.